

# 'Nacimiento pasión y muerte de...'

de J. CAMPOS GARCIA

## Un teatro de autor

El cine europeo ha acuñado para un determinado producto fílmico la denominación de "cinema de autor". Con esto viene a significarse que, el llamado director técnico, es el fiel complemento del fabulador en imágenes, es decir, de sí mismo. Sabemos que determinados autores cinematográficos —con el precedente ya lejano que significa Orson Welles— adicionan sobre sí toda suerte de responsabilidades, desde la música hasta el carácter más secundario, ineludible en el cine, pero que, para hacer una comparación, viene a ser simplemente como la función que cumple la imprenta con sus perfeccionamientos de estampación en relación al material íntegramente original aportado por el autor.

El "cine de autor" ha venido a ser sinónimo de un cine de arte, de naturaleza más subjetiva. Ya en la pendiente de las comparaciones, digamos que el "cine de autor" ha conseguido, sobre todo en estos últimos tiempos, producir algo casi tan completo como el poema. En el día de hoy son ya incontables los cineastas que sólo se expresan en estas condiciones.

En la vieja historia del teatro pocos son aquéllos que cumplieron semejante función para la cual era imprescindible ser autores, directores, actores y escenógrafos de un espectáculo. Sin embargo, estos pocos se han dado en épocas fundacionales, juveniles o pletóricas del arte escénico: Lope de Rueda, Shakespeare, Molière, etc. Ha sido más corriente una labor gremial, acaso capitaneada un tanto aleatoriamente por el autor, el primer actor y un posible "maestro de ceremonias" más tarde llamado director. La comedia italiana "dell'arte" aún fue más radical en cuanto a la integración indistinta de muchísimos elementos. Tengo sin embargo la impresión de que la crea-

ción colectiva de una forma total se ha dado en épocas de crisis ideológicas y políticas. Pensemos que la "comedia dell'arte" surge como repulsa popular al formalismo de los autores humanistas del Renacimiento, casi al momento en que lo que hoy llamamos burguesía, entonces representada por el pequeño y grande comercio, por el alto artesanado, comienza a imprimir su presencia en el devenir de la historia. Tiene la "comedia dell'arte" el carácter de algo pasivo, receptivo, conservador, reiterativo, de pausada evolución que tienen todas las artes profundamente populares. No hay autores, sólo hay Teatro.

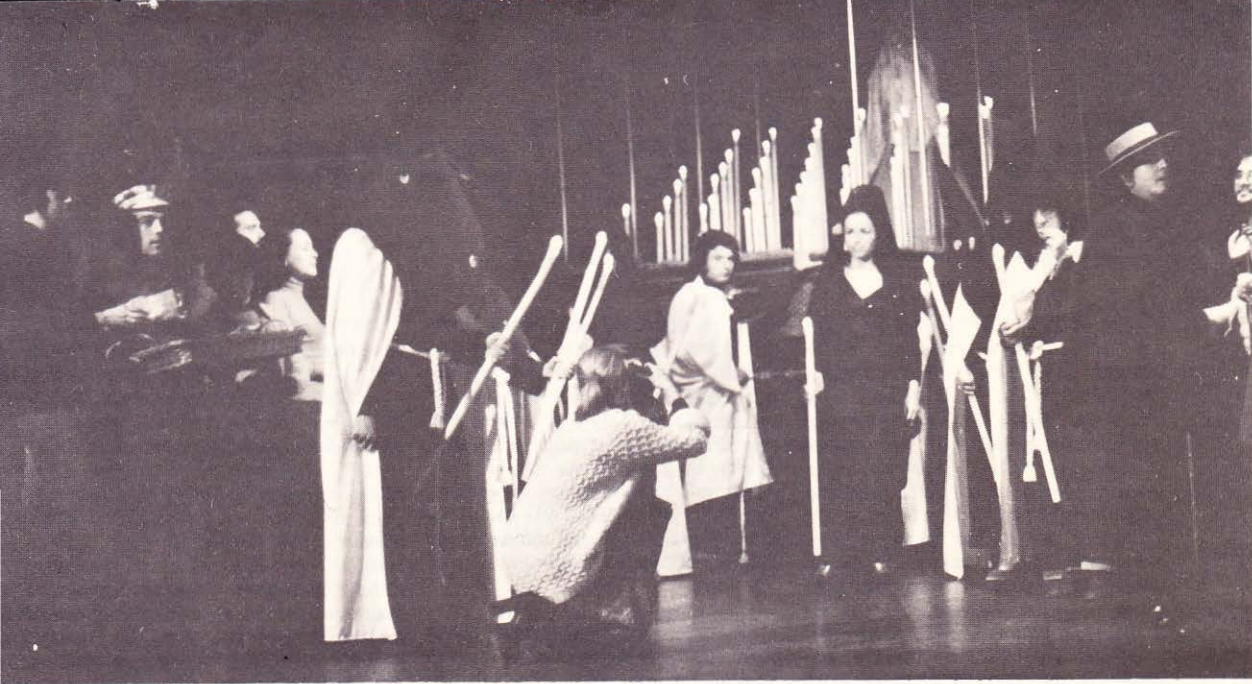
Desde que en Europa, por ejemplo, se insinúa cada vez más la importancia del director escénico, su voluntad de invadir, adueñarse, interpretar y aún deformar al autor, o sea, el texto, unificar el trabajo de los actores según una tendencia, una exigencia de orden estético, se va viendo llegar, por paradójico que parezca, una aproximación a los trabajos colectivos. La dictadura del director no es más que la dictadura del intérprete. Es un tipo de soberanía que fácilmente puede invertirse en una democracia interpretativa, en una responsabilidad compartida. El texto puede ser pretexto. El pretexto mismo puede llegar a desaparecer. El Teatro se basta a sí mismo. Este teatro de "tabla rasa", este teatro de signo popular, pienso yo que denuncia una crisis de civilización, el agotamiento de una época. Lo popular conserva y refresca. Pero también ralentiza, se repite, reincide...

Malamente puede ocultarse el éxito y la utilidad de tantos trabajos colectivos, desde la aparición de formaciones tan serias como el Living Theater hasta las más modestas empresas estudiantiles, campesinas, obreras. Pero tampoco hay duda de que su nota parece una nota pedal. El teatro colectivo y popular es

repetitivo. Su temática es simplista y limitada. Moralizante y conservadora de ciertos valores típicos. Valores tópicos nuevos. Una nueva moral es siempre una moral. Entre el cuento de Caperucita y el lobo y los pecados o tentaciones de Madame Bovary existe la distancia que separa un buen consejo de una fatalidad insondable. El vaudeville, el melodrama, la comedia burguesa, con sus efectos finalmente tranquilizantes, han sido y siguen siendo —a través incluso del cine, de los seriales radiofónicos— teatro popular. Un teatro popular de nuevo cuño que sea producto de una crisis de valores como la que ahora experimentamos no soslaya el peligro de formalizarse igualmente en vaudevilles, melodramas y sedativos escénicos un tanto o un mucho machacones y tópicos. Un criticismo tópico es su más seria amenaza.

Una buena sorpresa, una inquietante aparición en ciertos medios de teatro menos primarios que el nuestro lo ha constituido la revelación de un "teatro de autor". Citemos, por ejemplo a Bob Wilson. Explicar ahora quién es y qué significa Wilson nos puede llevar muy lejos. Imposible hacer más larga esta introducción a la crítica de un joven autor español, que como Jesús Campos, se afirma de modo muy parecido. Campos, ganador de numerosos premios, entre ellos el Lope de Vega, aparece entre nuestros autores nuevos con la original pretensión de hacer un "teatro de autor" y su comedia "Nacimiento, pasión y muerte de... por ejemplo: tú" es director, intérprete y decorador. Condición suya a su representación obligada —ya que es premio Lope de Vega— ha sido la de obrar como propio director escénico.

Los resultados de la obra en cuestión, creo que una de sus primeras obras, en Granada, la que me ha sido dado presenciar, son real-



mente curiosos. En primer lugar no nos lleva directamente al dictamen de si la obra es bueno o es peor, nos lleva, por el contrario, al convencimiento de que aquello es de una autenticidad total. Estamos ante un objeto real. Si el autor no ha dicho cuanto ha podido, al obrar de forma tan autónoma y al hacer cuanto ha querido, sin intermediarios decisivos, nos ha plantado ante una realidad sin amaños, un tanto impúdica. Lo subjetivo así llevado al espectáculo y a su representación más fiel nos excita la curiosidad, intriga más que la anécdota argumental. Informe o informal, la comedia se presenta con una unidad de estilo que posterga, por su interés, otras condiciones de exposición, argumento, desarrollo, etc. La imagen visual priva un tanto en este tipo de teatro. Más ésta no sirve para distraer ni para ilustrar, no es decorativa ni gratuita. Es parte integrante del trabajo dramático, indisoluble del texto. Imagen y texto, separados, no se bastan a sí mismos. Creo, por mi parte, que la novedad de la experiencia, y por no existir términos de comparación con otras tentativas del mismo jaéz en España, tiene que dejar en suspenso nuestro juicio formal. ¿Qué es? ¿Una buena comedia o un buen teatro? ¿Cuál sería nuestro juicio de haberla solamente leído? ¿Qué es, pues, el teatro? ¿Es primero un proyecto, cuya exposición en la lectura decide de su

validez? ¿O simplemente es teatro válido o inválido cuando sólo está dicho y hecho? ¿Es buen teatro cuando está bien dicho y hecho o cuando, simplemente, es auténtico, cuando se confiesa entre esfuerzos, balbuceos, vacilaciones, tiempos muertos, tiempos brillantes o trepidantes?

¿Cómo vamos a señalar aquí los defectos? ¿Qué son defectos en este caso? Un tartamudo nos cuenta una verdad que nos interesa o nos sorprende. Sin dejar de subrayar que la tartamudez del tartamudo que nos cuenta algo interesante puede ser un elemento de "suspense", de ocultación poética, de misterio, lo que nos cuenta queda sobreimpreso en la imaginación. Lo inadmisibile, lo falso, lo inintermediario encargado de allanar el terreno de forma convencional, profesional, ya fuera con la más refinada elocuencia, ya fuera queriendo imitar al tartamudo porque ello le parezca gracioso. ¿Qué habremos de preferir? ¿Un modesto milagro o una exuberante exposición de trucos y pases de ilusión?

Por muchos símbolos e imágenes un tanto arcanas que aparezcan en este teatro, bien podríamos llamarle "teatro hiperrealista". No es otra nuestra impresión. Las artes se comunican por muy extraños vericuetos. El nuevo "dadaísmo" toma una vieja puerta un trozo de muro o un conjunto de objetos heteróclitos y

los aísla sobre las paredes de una sala de exposiciones o de un museo; igualmente puede pintarlos con exactitud fotográfica... Pues bien, lo mismo si se trata de un "collage" material que si se trata de una pintura lo más rigurosa posible, lo que nos impresiona de todo esto es que la realidad es magia y la magia es realidad. Si el arte no fuera vivencia bien poca cosa sería.

Sospecho, sin embargo, que la obra de Jesús Campos puede muy bien no llegar a todos los públicos. Y al que menos, al muy maleado público amigo de la convención, ya sea progresista o reaccionaria. Esta ruda confidencia no sabemos bien si resuena mejor en cámara cerrada o en plaza pública. Aún no sabemos qué le falta, no sabemos qué le sobra. Sólo sabemos que todo ello está celando un nuevo valor del teatro español, al que ya no regateamos nuestra confianza.

Dejo para otra ocasión el examen del tema autobiográfico que Campos expone en su comedia, pues creo que aún merece nuevos comentarios, y señalo la muy correcta interpretación de los principales actores, entre los que Isa Escartín y Angela Rosal se destacan muy positivamente.

**Francisco Nieva**